



“La pintura es poesía muda y la poesía es pintura ciega”. Leonardo da Vinci fue un personaje tan admirable que no es de extrañar que casi cualquier idea brillante se le pueda atribuir. Cuantos más sentidos pongamos en juego, con más fortuna nos penetrará el arte hasta el fondo del alma.

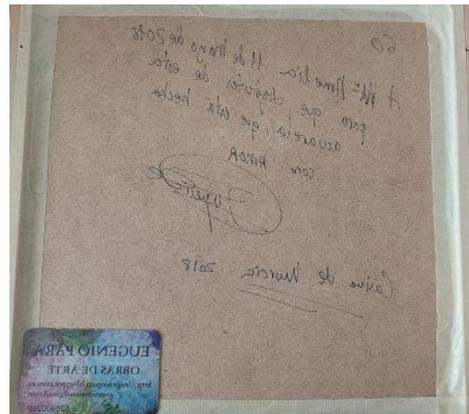
La casa donde vivo fue construida en la España de los sesenta, en ella pasé seis o siete años de mi segunda infancia y, desde hace

mucho, es mi hogar ya para siempre. No le he hecho grandes reformas porque, aunque no esté de moda, a mí me gustan los pasillos. Me encanta disponer de paredes blancas, lisas y desnudas donde colgar cuadros... y fotografías antiguas... y frases...y objetos variados.

Un taladro innecesario y bastante mal hecho tuvo la virtud de obligarme a comprar “algo” de un artista “desconocido” para, visualmente, equilibrar el paño. No quiero engañar a quien me lea, ese fue el origen de un impulso que me tomé como inspiración. Me propuse encontrar una pintura de pequeño tamaño con la que pudiera disimular un agujero convirtiendo en emoción el hueco circundante...y la encontré.

Era mayo de 2018, entré a la sala de exposiciones del Casino de Murcia y fui observando la obra expuesta con detenimiento, sobre todo por cortesía hacia el pintor. Cuando llegué a la acuarela de las brevas, *rajadas por el dulzor*, los malvas y verdes se me entremezclaron con la mirada expectante de Eugenio que, durante la visita, notaba a mi espalda y muy cerca de mí. Me giré hacia él, quizá bruscamente, expresando con rotundidad: me lo quedo.

No hubo duda en el precio ni en lo cierto de la dedicatoria: ...para que disfrutes de esta acuarela que está hecha con amor.



He hablado con Eugenio Pará antes de escribir estas líneas porque quería que supiera que su cuadro ha dejado de ser un “algo” con lo que cubrir una imperfección para convertirse en un poema visual y casi gustativo.

María Amelia Guzmán Martínez-Valls

(para el día del libro de 2021 / sobre “Rajadas por el dulzor” de Eugenio Pará Vegara.